

## GIAMBATTISTA VICO, FILOSOFO CATOLICO DE LA HISTORIA

POR

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA  
Catedrático de la Universidad de Sevilla.

1. Cuando Juan Vallet de Goytisolo, el entrañable y admirado amigo de todos nosotros, con su atento sentido de la oportunidad cultural de cada instante, me puso por tema para hablaros hoy la importancia de Giambattista Vico en la interpretación católica de la historia, acertó en señalar un personaje cuya vigencia es ahora más señera que jamás. Porque es justamente en esta hora de crisis cuando Giambattista Vico nos da la lección oportuna en su condición de postrer adalid de la Contrarreforma y al mismo tiempo de iniciador de perspectivas que enfrenten los problemas que a cada paso nos salen cada día.

Es que, por más que muchos anden empeñados en negarlo, el hecho central de la moderna historia de Occidente lo constituye la Protesta luterana, ya que es la fórmula del pensamiento europeo del mismo modo que la Contrarreforma tridentina fue la fórmula religiosa del pensamiento hispánico. Abierto o cerrado, a hurtadillas o a cara descubierta, el luteranismo domina la segunda mitad del siglo XX desde el momento en que en la segunda mitad del siglo XX se consolida la victoria de Europa sobre los postreros rescoldos de las Españas en hecho calamitoso, pero cierto. Hasta dentro de nuestro bastión católico ha penetrado el luteranismo; y ha penetrado con tanta fortaleza que a nadie se le ocurre hoy, no digo defender ni propugnar, mas ni añorar siquiera, aquella unidad católica por la cual, según demostró irrefutablemente el maestro Menéndez y Pelayo, somos los españoles lo que somos.

2. En esta triste coyuntura, cuando el ala negra de las sombras tempestuosas del luteranismo europeo ampara las crisis de nuestro tiempo, cuando asistimos al triunfo de la Europa protestante sobre la Contrarreforma católica, en el momento mismo de la revancha victoriosa de los vencidos en Mühlberg, es acuciante la contemplación del magisterio de Giambattista Vico. El ejemplo de Italia es contundente. Y además, paradigmático, porque lo que acaeció en Italia es lo que sucedió en los pueblos hermanos de América y lo que muy pronto va a pasar entre nosotros, apenas si se completan las previsiones de la disolución de la pequeña España peninsular, que todavía conocemos, y sea necesario recomenzar la empresa de la reconstrucción de la unidad que ahora se rompe. Será la cuestión de las relaciones entre nación y Tradición.

En Italia, en los pueblos hermanos de América y presumiblemente muy pronto entre nosotros, se ha dado el fenómeno histórico de la realización de una nacionalidad en contra de una Tradición. Porque la unidad italiana en el siglo XIX, raíz de la nación italiana del siglo XX, hízose bajo el signo masónico del Risorgimento, siendo así que la masonería fue considerada siempre enemiga máxima de la Iglesia Católica. De donde contrastes apenas si salvados por aquel "uomo della Provvidenza" que fuera Benito Mussolini, en palabras de la santidad de Pío XI, y que han reaparecido desde que, por desgracia para mi bienamada Italia, la democracia cristiana cumple allí desde hace treinta años el deslucido papel de abonar los barbechos para que siembren las huestes comunistas. Siendo así que Italia lleva en sus entrañas, lo mismo que las Españas nuestras y que los pueblos americanos de nuestras mismas estirpes, al más tajante de los catolicismos. Todos los desequilibrios de este siglo y medio de historia americana, los que asolan a la Italia presente y los que muy pronto van a devorarnos a nosotros, son la estricta consecuencia de la existencia de regímenes donde la nación, que es el minuto del presente, pugna con la Tradición, que es la esencia de los pueblos.

De donde se deduce que la única receta posible para curar males tan graves sea la de reatar el hilo de la Tradición perdida, la de la restauración de los principios tridentinos que sellaron nuestra común batalla contra Europa y contra la prolongación de Europa que son

los Estados Unidos de la América del Norte. Desde el Río Bravo en la recortada frontera mejicana hasta el desierto de Magallanes y desde las islas de las Especies legendarias hasta las tierras sicilianas donde paseara Ulises, no tenemos otro común problema que el de preguntarnos por los modos de ser auténticamente lo que legalmente somos; de volver a ser, de ser tradicionalistas o de ser mímicos, de continuar la empresa universal católica abanderada por Felipe II o de escupir sus sagrados huesos como efectivamente un puñado de protestantes no ha mucho los ha escupido en la propia tierra santa de El Escorial para baldón eterno de los trágicos días en que vivimos.

En esa empresa de restauración de la común Tradición perdida, chilenos y napolitanos, castellanos y filipinos, portugueses y castellanos, comtenses y catalanes, mejicanos y argentinos, hemos de tornar los ojos a Giambattista Vico. Porque Vico fue el postrer representante del espíritu de Trento y la última lumbrera de la Contrarreforma.

Por lo cual no ha de extrañar la prestante actualidad de Vico hoy. Ejemplo lo ha dado ya, abriendo un sendero que hemos de pisar todos, la Asociación cultural italiana *Filippo II*, amparada por el rey inmortal símbolo de la Catolicidad nuestra, cuando en el congreso celebrado en Bari el pasado mes de diciembre apeló a Giambattista Vico para rehacer la Tradición de Italia. Con tanto acierto, si tenemos en cuenta el adverso testimonio de los enemigos. El pasado mes de julio el semanario paracomunista romano *L'Espresso* hacía a la *Filippo II* italiana el honor de considerarla la más peligrosa de las huestes adversarias al escribir que "alla fine del 75 la *Filippo II* si caratterizza, insomma, come il piú coerente tentativo, da molti anni a questa parte, di soldare in un solo fronte le sigle dell' ultracattolicesimo".

No olvidando nunca que lo que sucede en Italia ocurre también en otras partes. Giambattista Vico es actual porque es el postrer abanderado del catolicismo tridentino.

3. Para justificar esta apreciación es necesario considerar brevemente el porqué y el cómo de la obra vichiana.

Vico nace a la vida cultural cuando el Reino de Nápoles fenece. Había sido el Reino napolitano suyo cabalgada viril en defensa del catolicismo militante. Al doblar en 1500 el Reino entra bajo el cetro de los monarcas de Castilla en aquella grandiosa confederación de pueblos cuyos límites coincidían con los del orbe, porque en la tierra de los Reyes de Nápoles no alcanzaba a ponerse el sol, en el decir del mayor y más calumniado de ellos, del incomparable Felipe II.

Como he mostrado en mi *Nápoles hispánico*, con rara unanimidad el pueblo napolitano hizo suya la hazafia de sus reyes desde Carlos V el emperador hasta el cansado Carlos II, participando voluntaria y ardosoramente en la pelea por los ideales católicos contra el protestantismo; prodigando entusiasmos misioneros desde los campos verdes de la Bahía brasileña a las verdes colinas del Japón; acumulando libros insignes en las polémicas doctrinales desde Cayetano Vio de Gaeta hasta el calumniado Flavio Fieschi; cantando las gestas de la fe en Dios y en sus reyes por las plumas de Luigi Tansillo y de Giambattista Marino; formulando las más claras doctrinas de libertad política por mano de Andrea Molfesio y de Domenico Tassone; encendiendo en llamas de letras memorables el decir patrio en los versos de Giulio Cesare Cortese y de Giambattista Valentino; defendiendo con poderosos alegatos jurídicos los derechos de sus monarcas, Giovanni Antonio Lanario en la sucesión de Portugal, Francesco de Andrea en el robo infame del Franco Condado de Borgoña. Si alguna preocupación tuvieron sus señores naturales fue la de rechazar el extremo inoportuno celo de algunos, como Tommaso Campanella, quien reclamaba la unidad de la monarquía en perjuicio de la personalidad del Reino de Nápoles, por sus reyes tan esmeradamente mantenida.

Vico es el postrero de aquellos napolitanos verdaderos, fieles al Dios católico, al Reino patrio y a los Reyes de la Contrarreforma. Vico poseyó la concepción tradicional de la Monarquía católica en el Reino de Nápoles, cifrada en el lema de Dios, Patria, Fueros y Rey; del Rey que gobierna dentro de un pactado sistema de libertades políticas concretas un Reino independiente al servicio de la verdad religiosa que es el Cristo. "Patriae beneficium est sub prin-

cipes natos esse, cuius imperium tam longe lateque patet, ut novus terrarum orbis gignit oporteat, si quis velit cum amplitudine dicionis aemulari; et cum principe eius imperii natione aequo bonoque foedere haberi”, manifiesta en la cuarta de sus *Lecciones inaugurales* el 18 de octubre de 1704.

Aunque esto lo exprese en 1704, lo que explica Vico es la teoría tradicional del Reino de Nápoles dentro de la confederación hispánica. Es la doctrina, doctrina vivida, de un sistema de libertades políticas concretas, de un Reino con personalidad propia, de unos Reyes que son los adalides del catolicismo, incluso a veces en contra del Papado; o, según solemos decir en Castilla, siendo más papistas que los propios Papas en la defensa de la Cristiandad católica.

La tragedia de Vico estuvo en que en el 1700 se instala en el trono de Madrid, y consecuentemente en el de Nápoles, una dinastía que era la negación de aquellos principios clave de la Tradición napolitana. Felipe V es un francés que por azar de las sucesiones dinásticas va a reinar con arreglo a los postulados de los intereses de la conveniencia en lugar de la defensa de la fe católica, de lo que favorezca a su familia en vez de los abanderamientos misioneros. Con la muerte de aquel Carlos II, por él cantado en memorables latinos versos, el otoño melancólico y gentil de la Contrarreforma napolitana deja paso a una nueva concepción del Reino patrio que no es ciertamente la que sentía como propia Giambattista Vico.

La continuación en el gobierno de su protector el Duque de Medinaceli quizá no le dejó columbrar exactamente en el primer momento la tragedia que sobre Nápoles se cernía. Pero la llegada del Marqués de Villena primero y de los austriacos luego, hubo de arrastrarle a la convicción de que aquel afán católico, aguerrido y misionero de la Contrarreforma era sueño pasado, realidad acabada, ayer perdido en un recodo de la historia.

Pues era napolitano hasta los tuétanos, Vico intentó salvar lo salvable del cataclismo del fenecimiento de la Contrarreforma, cuyo postrer abanderado, bien que débil, había sido Carlos II. El Reino de Nápoles había salido para siempre de la confederación hispánica y por ende de la empresa de la Contrarreforma, porque ni en Viena ni en Madrid había ya señores dispuestos a continuarla. Las modas

y la cultura francesas, el espíritu del luteranismo, la filosofía cartesiana, el abstraccionismo del jusnaturalismo protestante, señorean incontrastadamente desde comienzos del siglo XVIII, desde que cayó el último bastión que era Carlos II, rey de Nápoles y de Castilla. Era el triunfo de los enemigos de la Contrarreforma, era la derrota de los Reyes de Nápoles que fueran Reyes de todas las Españas.

Ya no tornarán jamás los tiempos de la Contrarreforma, en la que con tanto tesón, tanto talento y tanto heroísmo militar e intelectual habían peleado los napolitanos. El Reino queda solo, presa de las teorías importadas desde la Europa protestante y desde la Francia vencedora. Transmontado el empeño universal de la Contrarreforma, lo único que cabía intentar era salvar en Nápoles las doctrinas que le habían inspirado. Ya no daban más de sí las circunstancias que Vico, maduro en edad de cuarenta años ve plantearse desde su atalaya de "napoletano verace".

Eso fue lo que él hizo: procurar luchar contra los herederos de la Reforma y contra el espíritu francés que paulatinamente iba ganando en la contienda. Y su mérito mayor estuvo en que lo hizo a solas, sin otra fuerza que la de su pluma, dramática hazaña de un nuevo Quijote que acude a la demanda aceptando, sin más recurso que el de sus talentos, el descomunal desafío de salvar los restos de la Cristiandad y los ideales de la Contrarreforma cuando ya los ejércitos de los Reyes napolitanos de la Contrarreforma andaban desperdigados y sin ninguna esperanza de revancha.

Por lo cual da en la antitesis de sus contemporáneos, todos deslumbrados por Francia, en Nápoles lo mismo que en Viena y que en Madrid. Por eso cuando todos los más andaban presurosos por conocer el decir francés, él nos hará constar en su *Autobiografía* que "non volle mai pur sapere la (lengua) francesa"; testimonio notorio a los coetáneos cuando era capacísimo de leer libros galos, confirmado por Giovan Nicola Bandiera en la carta que enviara a su paisano el erudito senese Uberto Benvoglianti desde Nápoles en 20 de junio de 1726. Por ello cuando todos, hasta sus íntimos amigos cuales Tommaso Cornelio o Gregorio Calopressò, juraban fe sobre los libros de Renato Descartes, él combate cerradamente contra los "cartesiani filosofi di questo secolo", afirmando que el método

cartesiano esteriliza la mente, que la especulación cartesiana acaba ineludiblemente en el escepticismo y que los éxitos de Descartes consistieron en que el uso de su método permitía a los ignorantes sentar plaza de filósofos sin pasar por el duro oficio del estudio. Por eso cuando arremete contra el idioma francés tachándole de lengua “bruta e immobilis”, coloca juntos en contraposición los méritos del castellano y del italiano por cuanto tornan agudos a quienes los hablan, “unde Itali post Hispanos acutissimi nationum”, de donde sean los italianos después de los españoles gentes inteligentísimas, según sus palabras en el *De nostri temporis studiorum ratione*.

Pero su pelea no es solamente contra Francia, la enemiga secular del Nápoles hispánico en cuya perenne nostalgia calladamente vivió, escribió y murió con tenacidad incontrastable. Su lucha va contra el protestantismo, en especial contra lo que más pudiera dolerle, contra el abstraccionismo del jusnaturalismo protestante. Grocio resulta ser mero hereje sociniano, pese a sus talentos, y por ello se abstendrá de comentarlo. “Obbes, Spinoza, Bayle ed ultimamente Locke, i quali tutti, con quelle stesse loro dottrine con le quali oppugnano le massime civili cattoliche, si dimostrano andar essi a distruggere, quanto é per loro, tutta l’umana società”, asevera en la carta que envía a monseñor Filippo María Monti desde Nápoles el 18 de noviembre de 1724.

Es la suya pugna a muerte contra su siglo, guerra en la que ni pide ni otorga cuartel pese a la soledad de sus fuerzas y a la cortedad de sus posibilidades. En ocasiones memora la descripción tacitiana de los tiempos corrompidos, asimilándolos a los que le tocó vivir. Así en la sección 11 del libro IV de la *Scienza nuova seconda*. Así en la carta del abate Luigi Esperti a principios de 1726; refiriéndose a la primera *Scienza nuova*: “il libro é uscito in una età in cui, con l’expressione di Tacito, ove riflette sopra i suoi tempi somigliantissimi a questi nostri, “corrumpere et corrumpi saeculi vocatur”; e perciò, come libro que o disgusta o disagia i molti, non puó conseguire l’applauso universale”. Imagen constante, que reiterará luego siempre. Tan hostil al ambiente que le rodea que hasta las modas tipográficas se le antojaban, en la carta al padre Eduardo de Vitry

fechada en Nápoles el 20 de enero de 1726, manifestaciones de "il gusto delicato e nauseante del secolo".

Contra el racionalismo, levantó el sentido común de las naciones; contra la violencia dignificada por Hobbes, la ordenación según los planes de la divina Providencia de los instintos feroces de la bárbara humanidad primera; contra el apátrida judío Benito Espinosa, la metafísica capaz de impedir la ruina de las repúblicas del mundo; contra el pesimismo característicamente protestante de Samuel Puffendorf, la noción católicamente tridentina de la libertad teológica del hombre; contra el abstraccionismo del Derecho natural de Hugo Grocio que exalta la razón al extremo de transformar al derecho universal inherente al sentido común de todos los pueblos en las normas cogitadas por un puñado de filósofos, la idea escolástica de la ley natural respaldada por la Providencia divina.

En el hondón último de sus peleas intelectuales radica aquello mismo que fuera la bandera de la Contrarreforma: la Providencia de Dios, causa primera, engarzada al quehacer libre de los hombres libres, causas segundas. Esto es, una antropología tan alejada del pesimismo de Calvino como del optimismo de Grocio; una antropología construida sobre la concepción de la "imbecillitas" humana, en un hombre que, pese al pecado, continúa siendo razonador y libre en el marco de sus limitaciones de criatura creada; una antropología en la cual la gracia sea el complemento necesario de la naturaleza caída, pero perfeccionándola como quiso Santo Tomás y fue establecido en Trento, no suplantándola como sostuvo Martín Lutero, ni dejando a la humanidad discurrir sus caminos históricos fuera de los planes de la Providencia divina, cual parecía concluir Grocio.

Cierto es que Vico no parece estrictamente tomista, sino que más bien se inserta en la línea agustiniana de un platonismo cristianizado. Pero de un Platón que es admitido en la medida en que para Vico lo que adoctrinó Platón coincidía exactamente con el pensamiento cristiano. Dícelo a la letra en el *De constantia philosophiae* no menos de en tres sitios: en los capítulos III, V y XII, pareciendo imposible que tan repetidos textos hayan escapado a quienes han hablado del platonismo de Giambattista Vico. Pero sin oponerse tampoco en nada a Santo Tomás de Aquino, oposición



opinada por Jaime Balmes en el capítulo XXX del libro I de la *Filosofía fundamental*; porque Balmes leyó a Vico sin entenderlo, ya que explica la certeza en la acepción usual, sin captar en lo más mínimo lo que bajo la certeza y bajo el vocablo "certum" quiso decir Giambattista Vico. Como se trataba de confirmar sus tesis hegelianizantes, con astucia Benedetto Croce en *La filosofía de Giambattista Vico* menciona la opinión balmesiana del Vico no tomista, sin detenerse a considerar a fondo el error de la interpretación, mejor dicho de la malinterpretación balmesiana del magno pensador napolitano (Bari, Laterza, 1947, cuarta edición, pág. 330).

Es que Vico está situado en la línea de los pensadores de la Contrarreforma hispánica y napolitana, pues lo que quiso ser y fue era el postrero y supremo adalid de la Contrarreforma contra las tesis europeizantes, sean protestantes, sean francesas. La admiración hacia Tácito viénele de la admiración que por Tácito habían sentido en Nápoles, Girolamo Franchetta, Fabio Frezza, Carlo Calà, Deodato Solera o Gio. Donato Turboli, hermanados con el castellano Baltasar Alamos Barrientos y con el portugués Pedro Barbosa Homen en el afán por encontrar en Tácito los modelos para una razón de Estado pragmática, empero desprovista de los acentos paganizantes que nimbaban los escritos de Nicolás Maquiavelo. Su afirmación del primado de la teología es la opinión unánime de la totalidad de los napolitanos del Nápoles auténtico acerca de la primacía de lo religioso, por Vico aplicada al devenir histórico con su concepción de la Providencia, señaladora del cauce por donde corren las historias particulares de los pueblos sin mengua de la libertad inherente al libre albedrío por Dios otorgado a los hombres que constituyen esos pueblos, regalo "amplissimum et sane regnum" en los términos de la oración declamada el 18 de octubre de 1701. Basta la presencia del "certo" que supone el sello de la autoridad respaldando a las leyes positivas sin menoscabo del "vero" proporcionado por la ley natural al contenido de las leyes positivas, según consta en las "degnità" 111 y 113 de la *Scienza nuova seconda*; donde memora las correcciones por Francisco Suárez formuladas al, a su juicio, excesivo intelectualismo tomista, en el párrafo 20 del capítulo V del libro I del *De legibus ac Deo legislatore*. Así como depende de Francisco

Suárez también, y más concretamente de la doctrina suareciana acerca de las aplicaciones del derecho natural, expuesta en el *De legibus*, libro II, capítulo XIV, párrafo 12; la noción del derecho como un "certo" histórico variable sin renuncia ni atenuación del "vero" inalterable de la ley natural; que es el criterio fundamental que empapa las novedosas construcciones de la *Scienza nuova* a todo lo largo de la obra, y que ya formuló Vico en la oración del 18 de octubre de 1707 al señalar como, en contraste con la lógica, con la metafísica y con la matemática, "Jurisprudentiae vero historiae sunt".

En el naufragio del mundo en que naciera, mundo católico de la Contrarreforma militante —que para Vico fue la Tradición de Nápoles en un tiempo en que los napolitanos veían en Nápoles la encarnación máxima y capitana de los pueblos itálicos—, Vico trata de salvar lo que salvarse pueda. Trátase en pocas palabras de mantener enhiesta la visión tridentina del universo. Era la empresa abanderada por Felipe II, la consumada teológicamente en Trento, la regada con sangre de todas las gentes españolas, y en primer término con sangre de soldados de tercios napolitanos, en las llanuras flamencas y en las selvas andinas, en los bosques germánicos y en las aguas de Lepanto. Cuando aquella empresa vino a ser imposible por la subida al trono de Nápoles y de Madrid de las castas europeas de los germanizados vieneses o de los afrancesados Borbones, Vico enciérrese en las dimensiones del Nápoles patrio, para él cifra suprema de la Italia, a fin de procurar que la quiebra política no sea también desastre cultural. Puesto no es ya hacedero prolongar la hazaña de la Contrarreforma en un plano universal, pretendió proseguirla culturalmente en Nápoles. Ya que la Tradición común de las Españas estaba definitivamente rota, querrá que esa Tradición a lo menos continúe en el patrio Nápoles, salvándola por lo menos allí de su definitivo acabamiento histórico.

Inevitablemente perdida la fortaleza institucional política, buscó salvarla sociológica y culturalmente. Y para ello consagró su vida a defender los dos rasgos sobre los que en Nápoles podía ser sustentada: los pilares sólidos de la religión y de la magistratura, muy de acuerdo además con sus tesis general de que la fe y el derecho constituyen el esqueleto de las naciones. De ahí se apoye en los dos pun-

tales que en la "Idea dell'opera" que encabeza la *Scienza nuova seconda* designó con su particular lenguaje como la "pietà" y la "giustizia". Una Jurisprudencia que en el párrafo 56 del *De uno universo juris principio et fine uno* definió ser "omnino idem" con la ética cristiana.

El enardecido elogio del Sacro Consejo Napolitano con que cierra la *De nostri temporis studiorum ratione* es la exclamación ilusionada, casi el voto de fe, en la subsistencia de un Nápoles continuador de la Contrarreforma, de un Nápoles que logre seguir siendo Reino católico y separado, de un Nápoles enteramente hispánico y napolitano al mismo tiempo, del Nápoles cruzado de Felipe II. Lo que Vico enarbola contra la Europa de sus días es un estandarte ideológico: las definiciones de Trento; un monarca ejemplar: Felipe II, modelo incomparable en las estrofas de Giambattista Marino y en las prosas de Andrea Levati; una empresa misionera: el catolicismo radical de la cruzada, tan lejano de las politiquerías de los otrora ambiciosos nepotismos de Urbano VIII.

Cuando ya no le sea hacedero, por tragedias de afrancesamientos borbónicos seguir proclamando su lealtad "pro nostris Hispanis", ni contemplar al Rey común de la Tradición común cual a aquel "nostrum potentissimum Regem" debelador de los "Gallorum hostium furori" de que hablara en la oración de 1696, volverá la mirada a las dos columnas que en Nápoles quedaban: la fe católica y el derecho de los fueros propios. Templo y tribunal van a ser los últimos bastiones de la fortaleza derruida, donde Vico se atrincheró para perpetuar en la heroica soledad de su aislamiento la Tradición tridentina del Nápoles hispánico, postrer adalid de la Contrarreforma filipina.

La filosofía de la historia de Giambattista Vico ha de ser mirada desde estas atalayas. La vitalidad perenne de su pensamiento reside precisamente ahí: en que es el felicísimo cabo suelto que nos permite ahora a los hombres del siglo XX sumidos en el dolor de una Iglesia revolucionada y de unas Españas europeizadas, víctimas de los enemigos de nuestros abuelos venerables, reatar el hilo de la Tradición rota en la trágica ocasión del 1700. No es de extrañar, por tanto, que la Asociación italiana Filippo II torne a Giambattista Vico

para alcanzar la continuidad de la historia italiana. Ni extrañará tampoco que nosotros, católicos íntegros del siglo XX, busquemos en Vico el claro ejemplo para un catolicismo radical y militante.

Claro que tratar a Giambattista Vico de esta guisa, hablando de él sin haberlo leído, es viejo achaque de nuestra progresía pseudo-cultural. Así José Ortega y Gasset, en el ensayo *Guillermo Dilthey y la idea de la vida* se queda tan frescamente sabio después de aseverar que Vico fue maestro de Pierre Bayle; siendo así, cual todos bien sabéis, que Pierre Bayle muere en 1706, esto es quince años antes de que Vico redactara sus obras cardinales. Puede verlo el curioso en las *Obras completas* de José Ortega y Gasset. Madrid, vista de Occidente, tomo VI, año 1952, página 178.

Así escriben la historia y así conocen a Vico los pontífices de la progresía, los misioneros en la tarea de enseñarnos las excelencias de Europa y la vergüenza de ser españoles. Nosotros no obraremos así, simplemente porque tenemos concepto más serio de la decencia científica. Por ello hoy, al evocar a Giambattista Vico, me limito a ponerlo delante de vuestros ojos por el postrer abanderado de la Contrarreforma tridentina, por el autor de la filosofía de la historia de más permanente brío, por el mayor filósofo de la historia que hayan tenido el catolicismo, el Reino de Nápoles y las Españas todas.

Y nada más.